

**Discurso de contestación al de Ingreso de
Don Dionisio Ortiz Juárez en la Real Academia de
Córdoba.**

Por José VALVERDE MADRID

Con gran placer doy la bienvenida a la Real Academia de Córdoba a don Dionisio Ortiz Juárez, un erudito cordobés que aquí estudió su bachillerato, estudios de magisterio y en la Escuela de Artes y Oficios cordobesa bajo la dirección de Don Vicente Orti, pasando luego a hacer Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla.

Alumno muy destacado tanto en Magisterio, como en las oposiciones de Profesor de término en la Escuela de Artes Aplicadas, sacó el número uno. Dedicado a la enseñanza, nada menos que desde hace cuarenta años, son muchos los discípulos que de sus labios han empezado a saber de Historia del Arte y esa es la cátedra que desempeña en la Escuela de Córdoba desde el año 1959. Director de ella desde el año 1965, le ha correspondido la tarea de transformar las viejas escuelas de Artes y Oficios en las que sólo se impartían enseñanzas no regladas, en las modernas escuelas de Artes Aplicadas donde se cursa la carrera de graduado dividida en catorce especialidades, pero para que esta transformación se operara ha sido necesario que una persona se haya dedicado íntegramente a ella. La resolución de problemas de acomodación, de programas nuevos, horarios diferentes, métodos de colaboración, trabajos en equipo e instauración de varias especialidades no incluidas en el plan inicial, cuales fueron Diseño, Orfebrería, Talla en madera, Decoración y Fotografía artística, todo fue obra de Ortiz Juárez que hasta tuvo el gran acierto de proponer a la Superioridad que el nombre de la nueva entidad cultural fuera el de Escuela «Mateo Inurria» en memoria de aquel gran cordobés.

Es uno de los centros docentes que más prestigian a Córdoba hoy dicha Escuela, obra suya, hasta el detalle de las instalaciones y la selección

del profesorado tan brillante que hoy tiene. Una labor callada pero eficaz a la que se ha entregado durante muchos años.

En cuanto a la labor literaria del nuevo Numerario tengo que diferenciar dos facetas; la de tema cordobés y la de la historia del arte; en cuanto al primero desde sus poesías en las revistas **Ecos**, **Alfoz** y **Poesía Española**, hasta la sección del diario cordobés sobre «Córdoba es así» y los tradicionales artículos por Semana Santa, feria y romerías, todos los temas los ha tocado con amor y erudición. Recuerdo cuán preocupado estaba con los bailes cordobeses y cuánto me preguntaba por los hermanos de la Aurora prieguenses o las danzas de Fuente Tójar.

En la faceta de la historia del arte es donde más ha brillado la pluma y la oratoria de nuestro nuevo compañero. Medina Azahara ha sido objeto de varios trabajos suyos, así como el estudio de los artistas locales, Antonio del Castillo sobre quien, en la ocasión del centenario, nos deleitó con una conferencia bellísima, José Ruiz de Sarabia, con su buen artículo en el diario **Córdoba**, en el año 1960, su comunicación en el centenario de Escalante, aquel gran pintor de la Escuela de Madrid, pero cordobés, su trabajo sobre Angel Barcia y el tema de los mártires de Córdoba, su aportación en el centenario de Mateo Inurria en la Real Academia de Córdoba y su pieza oratoria en la conmemoración del centenario de la Escuela de Bellas Artes de Romero Barros.

No ha habido sesión académica dedicada a un centenario de un artista cordobés en la que no haya participado con erudición y amenidad.

Los temas de iconografía cristiana han sido muy cultivados por Ortiz Juárez; recordemos los del Crucificado, La Inmaculada, la Ascensión, San José y tantos otros que a la memoria se le olvidan, aunque no debemos dejar pasar su colaboración en la exposición retrospectiva del artista prieguense Lozano Sidro y la del Duque de Rivas sobre la que vuelve hoy en la magistral lección que acabamos de oír y aquella que pronunció en aquellos magníficos fuegos florales del año 1965, los más brillantes que ha tenido Córdoba en muchos lustros y que admiraron por su gracia, elegancia y erudición a los madrileños que por aquel motivo nos visitaron.

Otra exposición que recuerdo fue la del «Salón Córdoba» y, en unión de Antonio Povedano, tiene en planta dos más; la de José Garnelo y la de don Rafael Romero Barros.

Su labor como crítico de arte nos la prueban sus artículos sobre las exposiciones de Colomo, Saura, Mateos, Palenciano, Santiago, Summers Millares, López Obrero y Zueras y como jurado de certámenes de arte recordemos que no sólo en el ámbito local, sino que fue Jurado de

la Exposición Nacional de Bellas Artes. Aparte de eso ha formado parte de muchos tribunales de oposición a cátedras de Historia del Arte.

Ortiz Juárez es académico de la «Vélez de Guevara» ecijana y miembro de la Comisión de Monumentos y, por designación ministerial, en representación de las entidades docentes cordobesas, miembro de la comisión del Patrimonio Artístico de Córdoba, que tan admirablemente rige don Antonio Ortega Raya.

Y ya llegando a la labor monográfica de Ortiz Juárez destaquemos entre su numerosa producción los siguientes títulos: «Arte mudéjar en Córdoba», trabajo premiado en el 150 aniversario de la Fundación de la Real Academia cordobesa, la «Biografía de Osio», premiada en la de su centenario en el Círculo de la Amistad, «El arte romano en la Bética contemporánea de Osio», «La representación figurativa en el arte islámico», «Un fragmento arquitectónico de Montoro y consideraciones sobre la esvástica», «El crucero de la catedral cordobesa», «Arquitectura del renacimiento en Córdoba», «Objetividad y subjetividad en la obra de arte» y una guía, **Córdoba en la mano**. Por lo demás está preparando un libro sobre el paisaje en la pintura donde toca el tema de los fondos de los cuadros, tema tan poco tratado en la crítica de arte.

De la lección que acabamos de oír tengo que destacar una novedad en el estudio del duque como pintor y es la aseveración tajante de Ortiz Juárez de que, en contra de lo que opinan los críticos, la influencia más marcada en el arte de Don Angel de Saavedra es la del pintor español José de Madrazo.

Destaca el conferenciante la gran amistad y el impacto de la pintura davidiana en el Duque de Rivas y que la base de su personalidad artística procede de España, sus retratos tienen un aire recortado, pero con algún retoque, no clara influencia extranjera. No sigue el Duque la que llamó Lafuente Ferrari la «veta brava» del arte español, es decir, la revolución goyesca sino el arte dieciochesco de Mengs que pervive en los pintores de Cámara real como era Vicente López y José de Madrazo, este último, el neoclásico discípulo de David, es, repetimos, el que más impronta ha dejado en el arte de don Angel de Saavedra.

Gerardo Diego decía del duque que era «el mejor pintor de los poetas». Y es que era poeta en todo, hasta en su testamento, como ya hicimos notar en el certamen erudito de su centenario hace años. El día 8 de febrero de 1865, poco antes de morir, llama a su notario en Madrid don Cipriano Martínez, le dice que hallándose con algunos achaques, pero con su entero y cabal juicio, siendo preciso morir pero incierto el cuándo, para

estar prevenido con disposición testamentaria en la hora que Dios Nuestro Señor se sirva disponer de él, con la claridad debida y con la madurez y reflexión, que desea y se requiere, las cosas concernientes a su última voluntad y teniendo suma satisfacción y confianza en que su señora esposa las desempeñará con el acierto, prontitud y eficacia correspondiente, ya por estar bien enterada de la casa y estado de él, como por habérselas comunicado, le otorga poder para que haga testamento en su nombre en la forma que quiera, sólo se reserva lo referente a su entierro que no sólo quiere que sea modesto sino pobre. Después tiene un recuerdo para cada uno de los criados y administradores, de todos se acuerda en esa hora y les hace un legado. Al hablar de su hijo Enrique, Marqués de Auñón, recuerda que fue en el año 1834 cuando él, el Duque, heredó los mayorazgos de Saavedra y Ramírez.

El no haber pasado al Archivo histórico de protocolos notariales de Madrid este documento del Duque hace que sus biógrafos no lo hubieran conocido ya que, prácticamente, por estar en el protocolo secreto no tenía el público acceso a él.

Las consecuencias que de este testamento se derivan son las de que por él sabemos que hasta pocos años antes de su muerte no heredó los mayorazgos de la casa de Rivas y por haber muerto su madre, poco antes que él, los de Andria y Villasinda, así que tuvo que labrarse su carrera artística, literaria y política como Angel de Saavedra. Es una vida romántica la suya, pero no al estilo de la bohemia desgarrada de Murger sino a lo caballero español. Esto es lo que aflora en este testamento. Su deseo de entierro modesto, su reconocimiento a los criados, sus legados a su esposa, reconociendo las deudas que haya contraído con ocasión de su enfermedad, todo, en fin, revela una pieza literaria romántica. ¡Cuán equivocado estaba Sáinz de Robles cuando sostenía que su arte y su literatura eran distracciones de duque nadando en la abundancia!.

Este discurso que comentamos de don Dionisio Ortiz Juárez viene a llenar una laguna en la bibliografía de la historia del arte español; la del duque pintor. Demos, pues, la bienvenida en esta docta Corporación a su biógrafo y a un gran maestro de **Historia del Arte**.

